

CAPITULO II

El ambiente de la Pasión

Visto desde la perspectiva del cuarto **Evangelio**, no sólo la llamada entrada triunfal, sino todos los hechos narrados por los evangelistas, y aun la forma de narración, adquieren un sentido trascendente, más allá de los hechos en sí; se trata, como diría Karl Jaspers, de un lenguaje cifrado. El autor de la **Carta a los Hebreos** se propone ofrecer una exégesis de este lenguaje, y comienza su explicación diciendo: "Dios, habiendo hablado muchas veces y en muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo... por el cual asimismo hizo el universo". Parece como si el universo, así como la historia, fueran ambos **lenguaje cifrado**, y que la clave de su interpretación fuera el **Logos** o racionalidad de Dios, encarnado en Jesús, el nazareno. Esto parece querer decirnos también el autor del **Apocalipsis** cuando comienza: "La revelación —o sea des-cubrimiento— de Jesucristo..." Pablo también creyó que en Jesús se des-cubría "la sabiduría de Dios, oculta, en misterio... Dios nos lo reveló a nosotros por el Espíritu..." (**Primera carta a los Corintios**, cap. I, vers. 7 sgts.) **La Carta a los Efesios** afirma que al comprender ese misterio, y aceptarlo, el cristiano es enriquecido con "la plenitud de Dios" (Cap. 3, vers. 14-21). El Apóstol reconoce como su misión llevar a los creyentes a la comprensión y aceptación de este misterio. A esto llama "el ministerio del Espíritu", y

lo describe dramáticamente aludiendo al velo que Moisés ponía sobre su rostro "para que los hijos de Israel no pusiesen los ojos en el fin de lo que había de ser abolido... Y aun hasta el día de hoy, cuando Moisés es leído, el velo está puesto sobre el corazón de ellos. Mas cuando se convirtieren al Señor, el velo se quitará". (**Segunda carta a los Corintios**, caps. 3 y 4). Descubrir, o quitar el velo, re-velar lo oculto, es precisamente la descripción del encuentro con la verdad figurado en la palabra griega **aléceia**.

Esta penumbra de lo que está recatado por un velo es justamente la atmósfera que envuelve los acontecimientos de la pasión de Jesús. Da todo ello la impresión de una superposición de horizontes, de perspectivas o planos conceptuales. Los discípulos **no entienden** a su modo, los fariseos **mal entienden** al suyo, los judíos de la dispersión desean entender, los discípulos de Juan, el Bautista, creen haber entendido, y Jesús actúa y habla en tres planos distintos: lo actual, el proceso histórico y el fin, **telos** o **escatón**, cuya conjugación únicamente puede impartir sentido a los acontecimientos. "Conoceréis la verdad" es tan sólo una promesa simbolizada en "El Espíritu de Verdad, el cual el mundo no puede recibir..." (**Juan**, 14:17 y 16:13). En esta penumbra caminaron los discípulos hasta la experiencia hacia Emmaús.

En unas meditaciones de la pasión enderezadas a entender, lo primero es leer atentamente los materiales seleccionados por los evangelistas, observar su orden de composición y su estilo o lenguaje. Estos tres factores podrían revelarnos el contenido psíquico de los escritores, y de ello podríamos inferir las vivencias, el espíritu, las fuerzas creadoras que animaron y constituyeron la Iglesia en su origen y la han mantenido hasta hoy: en una palabra, la fuente de la vida y la salud mediada por Cristo.

Goguel observa que algunas de las indicaciones y narraciones exclusivas de San Juan, como ubicar la crucifixión un día antes del día de la pascua judía (Cf. caps. XIII, 1; XVIII, 28 y XIX, 14), tienen todas las

trazas de ser auténticas y de pertenecer a una fuente aún más antigua que la de San Marcos. Sin embargo, este cuarto **Evangelio** sigue considerándose cosa aparte de los sinópticos porque el núcleo y criterio de su composición es la verdad vital, no la narración anecdótica o la sucesión histórica en continuidad con el **Antiguo Testamento**. El núcleo semántico de los sinópticos es la esperanza mesiánica, la restitución del Reino a Israel, en atención a lo cual Jesús de Nazareth asume el papel de sucesor de David, y los títulos de Hijo de David e Hijo del Hombre, tomados de la literatura apocalíptica, tanto canónica como extracanónica. El **Evangelio** según San Lucas, viene a ser el vínculo dialéctico entre estas dos perspectivas.

Una vez establecidas estas distinciones, como instrumentos para ayudarnos en la reflexión, resulta provechoso revisar primeramente tres categorías de datos, anticipatorios de la entrada a Jerusalem, la cual ocurrió, según San Juan, cinco días antes de la Pascua. (Cf. **Juan**, XII, 1 y 12). Veamos primero la atmósfera y el escenario de la pasión, luego la actitud de Jesús, luego las actitudes de sus discípulos y de las personas hostiles a Jesús.

La narración misma va construyendo, en los sinópticos, el escenario de la pasión. El milagro de la multiplicación de los panes y los peces parece ser el punto de partida. Este acontecimiento se narra en el capítulo 6 de San Juan, en el 8 de Marcos, en el 9 de Lucas y en el 15 de Mateo; pero Juan es el único que señala hacia el valor simbólico del pasaje al decir a sus seguidores: "Trabajad no por la comida que perece, mas por la comida que a vida eterna permanece... **Yo soy el pan de vida... Yo soy el pan vivo que he descendido del cielo**: si alguno comiere este pan vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo" (**Juan** VI, 27 et sgts.). La alusión a la última cena, y al rito primitivo de la comunión es palmaria. En efecto **San Juan** elimina la narración de la última cena, sólo alude a ella, y la substituye con la narración del lavatorio, que los sinópticos no mencionan.

Pero ni los seguidores, ni aun los discípulos, comprendieron el sentido sacramental de las palabras. "Los Judíos contendían entre sí diciendo: ¿Cómo puede este hombre darnos su carne a comer?" Y los discípulos comentaban: "Dura es esta palabra: ¿quién la puede oír?". El Evangelista atribuye a Jesús unas palabras exegéticas: "El espíritu es el que da vida; la carne nada aprovecha: las palabras que yo os he hablado, son espíritu y son vida... ¿Queréis vosotros irlos también?". Y Simón Pedro responde por la Iglesia: "Señor, ¿a quién iremos? tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros creemos y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente".

Esta **Confesión de Pedro**, que también en los sinópticos aparece después del milagro de la multiplicación, no es el único dato que Juan aprovecha para construir su evangelio del **Logos**. También alude a la montaña, cerca de Bethsaida, junto al mar de Galilea, donde ocurrió el milagro, a la señal que pedían los judíos, como condición para aceptarle como Cristo, y a la incompreensión aún de los mismos discípulos. Pero la exactitud histórica del dato no es preocupación en el cuarto **Evangelio**, sino su **logos**, su sentido hacia el esclarecimiento de la verdad con respecto a Jesús. Los sinópticos, sin embargo, insisten en esclarecer las circunstancias: el milagro ocurrió en la montaña, en un lugar desierto, lejos de Bethsaida, ciudad de junto al mar de Galilea; las discusiones con los judíos que pedían señales ocurren en Dalmanutha, según Marcos, o en Magdalá, según Mateo; en el ir y venir de una orilla a otra del lago, Jesús camina sobre el mar, explica a los discípulos el significado del milagro de la multiplicación de los panes, y de allí parten a las aldeas de Cesarea de Filipo, donde ocurre la confesión de Pedro.

Lucas, quien escribe con intención tanto histórica como apologética, explica la presencia de Jesús en el lugar desierto, en los alrededores de Bethsaida, a causa de la hostilidad de Herodes. La predicación del evangelio del Reino de Dios (cap. VIII, 1 y IX, 11) había atraído mucha gente, entre ellas algunos de la corte de

Herodes. Miles de estos discípulos le siguen al lugar desierto y allí ocurre el milagro. Pero es extraño, que Lucas no ofrezca más detalles, ni aún incluye la discusión con los judíos que pedían señales, aunque más adelante (capítulo XI:29-32) se refiera a ello, y a la “levadura de los fariseos”. (cap. XII:1). Por el contrario, desde el verso 43 del capítulo nueve, donde termina la narración del joven lunático, al cual los discípulos no pudieron exorcizar, hasta el verso 29 del capítulo diecinueve —la entrada a Jerusalem— Lucas recopila una cantidad considerable de **Logia** (la **ipsíssima verba**) de las más importantes: el pasaje de los samaritanos, con la reconvencción a sus discípulos: “Vosotros no sabéis de qué espíritu sois”; el envío de los setenta, el primer mandamiento con la parábola del Buen Samaritano, la conversación con Marta y María, pasajes del Sermón del Monte, los ayes contra los fariseos, parábolas del rico insensato, la higuera estéril, la gran cena, la oveja perdida, la dracma, el Hijo Pródigo, el mayordomo infiel, el rico y Lázaro, la curación de los diez leprosos, parábola del juez injusto y la viuda, la oración del fariseo y la del publicano, otra versión de la historia del joven rico, curación del ciego de Jericó, la anécdota de Zaqueo, y la parábola de las minas. Esta larga lista, colocada por Lucas entre la transfiguración y la entrada a Jerusalem, no podría obedecer a otro propósito, sino a destacar “el evangelio del Reino”, cuya predicación le fue encomendada primero a los doce y luego a los setenta. El evangelio del Reino es lo único que puede impartir sentido al núcleo narrativo de la pasión —centro de los cuatro evangelios. Esta búsqueda de sentido termina, en Lucas, con el dramático pasaje de Emmaús, donde los mismos discípulos que lo habían predicado, expresan su desconuelo diciendo: “Nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel; y ahora, sobre todo esto, hoy es el tercer día que esto ha acontecido”, a lo cual respondió Jesús: “¡Oh insensatos y tardos de corazón!...” (cap. XXIV, 21-25). El segundo tratado de Lucas reanuda esta conversación con el mismo tema: “Señor, ¿restituirás el Reino a Israel en este tiempo?” La respuesta

de Jesús marca el comienzo de la historia cristiana: "No toca a vosotros saber los tiempos o las razones que el Padre puso en su sola potestad; mas recibiréis la virtud del Espíritu Santo... y me seréis testigos en Jerusalem, y en toda Judea, y Samaria, y hasta lo último de la tierra". (**Hechos: 1:6-8**).

Marcos y Mateo siguen el mismo orden en la narración de los hechos, con disparidad en el caso del ciego Bartimeo, a quien suponemos el mismo ciego de Jericó en Lucas, y en el capítulo nueve de San Juan. En Mateo son dos ciegos anónimos, y su historia aparece repetida (caps. IX: 27-31 y XX:30-34). La anécdota con respecto a la petición de los hijos de Zebedeo y la enseñanza sobre "el mayor en el Reino" que Jesús iba a restituir (**Mateo**, caps. XVIII, 1-6 y XX:20-28) aparecen en ambos; en Lucas sólo aparece el segundo tema. (cap. IX:46-48); en San Juan, ninguno. El gesto de poner el niño en el medio, que es el más significativo, en San Juan queda suplido y ampliado por la conversación con Nicodemo. Marcos es el único que conserva el magnífico diálogo entre Jesús y el padre del joven lunático:

Y Jesús le dijo: Si puedes creer, al que cree todo es posible.

Y luego el padre del muchacho dijo clamando: Creo, ayuda mi incredulidad. (**IX:23-24**)

Lucas es el único que nos informa el tema de la conversación entre Jesús, Elías y Moisés en el momento de la transfiguración: "Hablaban de su **éxodo**, el cual había de **cumplir** en Jerusalem." (Cap. IX, 31). Nos parece que el evangelista seleccionó las palabras **éxodo** y **cumplir** deliberadamente, para indicar con ellas la plenitud simbólica de la muerte de Jesús. También nos parece pleno de sentido el orden de la composición en San Juan: curación del ciego de Jericó, seguida del altercado entre el ciego y los fariseos, (que no aparece en los sinópticos) discurso del Buen Pastor y resurrección de Lázaro, seguida de las meditaciones que preceden al prendimiento de Jesús.

La tragedia de la pasión se desarrolla en una atmósfera creada por las actitudes de los personajes que la representan. Estas actitudes se revelan por las reacciones frente a los hechos y a las enseñanzas del protagonista, a lo cual ya nos hemos referido. Las actitudes del mismo protagonista proveen el punto de referencia para perfilar el contraste con sus discípulos y con sus enemigos. Este contraste señala inequívocamente a la verdad de Jesús, aquella por la cual inquirió Pilato, sin esperar respuesta.

Los temas sobresalientes planteados por las actitudes de Jesús mismo pueden reducirse a tres: (1) la relación entre el inicio del Reino de Dios y la pasión, (2) la autoridad de Jesús para actuar y enseñar como lo hacía, (3) la relación de la vida temporal y el Reino. Con relación al primer tema, ya nos informa A. Schweitzer, en sus notas autobiográficas, cómo las palabras registradas por Mateo le estimulan hasta el punto de iniciarle en su **Historia de las Investigaciones de Vida de Jesús**. Las palabras "De cierto os digo que no acabaréis de andar todas las ciudades de Israel que no venga el Hijo del hombre" parecen ser indicio de la índole escatológica del Evangelio. (Mateo X, 23). Esta centralidad del Reino, como tema de la predicación, se ve palmario en Marcos. "Mas después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios". (cap. I, 14). Se ve también al dar Jesús instrucciones a los enviados: "Y yendo, predicad diciendo: El Reino de los cielos se ha acercado". Y se ve en la abundancia de parábolas descriptivas, así como en los discursos apocalípticos, reconstruidos por Mateo, y aludidos por Marcos y Lucas. "De cierto os digo que todo esto vendrá sobre esta generación", dice Jesús en San Mateo (cap. XXIII, 36). En San Marcos la inminencia del advenimiento del Reino es aun más perentoria: "De cierto os digo que no pasará esta generación, que todas estas cosas no sean hechas". (cap. XIII, 30. Véase también Mateo, cap. XXIV, 34 y Lucas, cap. XXI, 32).

Pero aquella generación pasó y el reino todavía no se manifestaba. Sin embargo, el Evangelista de Efeso

todavía mantiene la esperanza, y aclama en el **Post-scriptum** del cuarto **Evangelió**: "Salió entonces este dicho entre los hermanos, que aquel discípulo no había de morir. Mas Jesús no le dijo, "No morirá"; sino "Si quiero que él quede hasta que yo venga ¿qué a ti? (XXI, 23). Sin embargo, la **Segunda carta universal de San Pedro** se ve obligada a ofrecer una explicación: "El Señor no tarda su promesa, como algunos la tienen por tardanza; sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca... Un día delante del Señor es como mil años y mil años como un día". (III, 8-9).

En sus primeras cartas, el apóstol Pablo espera el reino durante su propia generación, la misma a la cual aluden los sinópticos: "Luego nosotros, los que vivimos, los que quedamos juntamente con ellos, seremos arrebatados en las nubes a recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, consolaos los unos a los otros con estas palabras". (**Primera carta a los Tesalonicenses**, IV, 17-18). En sus últimas cartas, ya se había comenzado un proceso de interpretación, que sigue en el pasaje de los discípulos de Emmaús, y en el primer capítulo de los **Hechos**, ya citados, y finalmente en el **Post-scriptum** de San Juan. La Iglesia primitiva sacramentalizó la esperanza mesiánica y, a la postre, identificó la Iglesia del Santo Imperio con el Reino de Dios. Las consecuencias para la comprensión del **Evangelió** del Reino de Dios han sido desastrosas; sin embargo, la fuerza simbolizante del sacramento persiste en señalar hacia la realidad de un **Reino Permanente** que trasciende los reinos objetivos, los cuales se desvanecen en la sucesión de la historia, en cumplimiento de la palabra profética: "No será dejada piedra sobre piedra que no sea destruida". (Mateo, XXIV, 2).

Este lamentable trastrueque semántico, histórico y espiritual no invalida la autenticidad de las referencias en Marcos y en Mateo: "De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte hasta que hayan visto el reino de Dios que viene con potencia" (Marcos, IX:1). Ya es importante anotar la diferente ver-

sión de Mateo: "De cierto os digo: hay algunos de los que están aquí que no gustarán la muerte, hasta que hayan visto al Hijo del Hombre viniendo en su reino." (XVI, 28).

Siempre nos quedan las fuentes primitivas para poder intentar una reconstrucción de lo originario. En la comparación de estas dos versiones, la prioridad de **San Marcos** no puede ser más clara. La referencia a la muerte es idéntica; la referencia al Reino es distinta. En el primero es El Reino de Dios el que viene "con potencia" —**en dynámei**. Esta última frase es de la mayor importancia, y ya no aparece en Mateo, donde lo que viene es **El Hijo del Hombre**, una imagen tomada de la literatura apocalíptica del judaísmo. **La potencia** es una realidad personal, espiritual y eterna; **El Hijo del Hombre en su reino** es una realidad histórica, objetiva y simbólica. La diferencia es sintomática de toda la historia posterior del cristianismo.

Pero Jesús iba a gustar la muerte muy pronto. ¿Tendrían los discípulos un privilegio del cual se privaría Jesús? La contestación a esta aparente perplejidad nos la ofrece el pericope de la transfiguración, la cual ocurrió seis días después de la confesión de Pedro, según Marcos y Mateo, u ocho días después, según Lucas (**Lucas, IX, 25 y Mateo, XVII, 1**). Tan misterioso como la resurrección, este acto es una revelación del Reino Permanente, el que da sentido al acontecer transitorio, y por tanto a la muerte.

La forma verbal que usan los tres sinópticos al referirse a la muerte de Jesús, y la cual usa de nuevo Lucas en el pasaje de Emmaús, **dei**, significa **ser necesario**, lo mismo que el nombre **ananké**; pero también significa **ser conveniente**, en el sentido de ser ineludible o indispensable para alcanzar otra cosa; necesario como los polos de fuerzas en tensión. La muerte es necesaria para ser rebasada, anegada, vencida por la vida, como aguijón para excitarnos hacia el advenimiento del Reino de Dios, de la permanencia.

La insistencia de la enseñanza de Jesús con respecto a esta polaridad es tan manifiesta que Marcos la repite tres veces, y la subraya con un comentario exclusivo de su Evangelio: "Y claramente decía esta palabra" (VIII, 31; IX, 31 y X:32). Lo que sus discípulos no pudieron comprender fue la polaridad, la soberanía, el poder y la autoridad de Jesús sobre la muerte. Y sin embargo, Jesús lo destaca a través de todo su ministerio, comenzando con su predicación: "Les enseñaba como quien tiene potestad..." (Marcos, I, 22) e ilustrándolo con sus milagros: "Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra..." (Marcos II, 10). La curación de los enfermos, y particularmente la resucitación de la hija de Jairo, el hijo de la viuda de Naín, y finalmente de Lázaro, son símbolos de su autoridad sobre la muerte.

"¿Quién es éste, que aún el viento y la mar le obedecen?" (Marcos 4:41) es una expresión reveladora del poder (*dynamis*) y de la autoridad (*exousía*) ejercidos por Jesús sobre la creación. "El Hijo del hombre es Señor aun del sábado" (Marcos, II, 28; Mateo, XII, 8; y Lucas, VI, 5); y "Uno mayor que el templo está aquí" (Mateo, XII, 6) son proposiciones comprometedoras, que más tarde servirán para justificar su condenación a muerte; pero afirmadoras también de su conciencia de soberanía divina. "Señor del sábado" —*kyrios tou sabbátou*— es un epíteto que para el judío podría significar sólo una cosa: **Adón**, es decir, Dios a quien únicamente se le puede reconocer como "mayor que el templo".

Con respecto al tiempo, sin embargo, Jesús no se declara **Señor**. El secreto del tiempo —saber el *cronos* y el *kairos* de la historia, la sucesión y el destino— está reservado al Dios-Padre. (Hechos I, 7). "El cielo y la tierra pasarán", declara el Maestro, "mas mis palabras no pasarán" (Marcos, XIII, 31; Mateo, XXIV, 3; y Lucas, XXI, 33). Y en este contraste entre la permanencia del **Logos** y la disolución de las cosas creadas se funda la visión de la historia, estructurada por primera vez en la **Carta a los Hebreos**: "Y esta palabra, 'aun una vez', declara la mudanza de las cosas movibles, como de cosas hechas, para que queden las cosas que son firmes. Así que, to-

mando el reino inmóvil, retengamos la gracia, por la cual sirvamos a Dios, agradándole con temor y reverencia” (**Hebreos**, XII, 27-28). El embrión de esta idea se encuentra ya en la **Segunda carta del apóstol Pablo a los Corintios**: “No mirando nosotros a las cosas que se ven, sino a las que no se ven: porque las cosas que se ven son temporales (**proskaira**), mas las que no se ven son eternas (**aióonia**)”. (cap. IV, 18). Esta intuición del misterio de la historia y de su fundamento es asimismo el núcleo de una insistente **Philosophía Christi** para regir la vida humana, tanto individual como social, es la dinámica de la **Ciudad de Dios**, immanente en el proceso de la **Ciudad Terrenal**.

La totalidad del tiempo **cronos**, de la duración, alcanzará su plenitud al fin o **telos** de la sucesión de momentos de destino, o tiempo **kairos**. Pero el **kairos** —momento— de esa plenitud o finalidad (**telos**) de la historia está oculto para los discípulos: “De aquel día y de la hora, nadie sabe; ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre. Mirad, velad y orad: porque no sabéis cuando será el tiempo”. (**Marcos**, XIII, 32-33, repetido en **Mateo**, XXIV, 36 y **Lucas**, XXI, 33).

La ignorancia de los discípulos es parcial: saben que hay un **telos** —plenitud y propósito a la vez— que imparte sentido, intencionalidad y devoción a sus vidas; pero no saben su **kairos**, su momento final. Estableciendo una analogía entre el tiempo **cronos**, manifestado en los ciclos de la naturaleza, y el tiempo **kairos** de la historia, Jesús desafía a los sabios de su nación a inferir el tiempo **kairos** y el tiempo **telos**, lo que imparte sentido y dirección a la existencia. “Cuando es la tarde del día, decís: ‘Serenos; porque el cielo tiene arreboles’. Y a la mañana decís: ‘Hoy tempestad; porque tiene arreboles el cielo triste’. Hipócritas, que sabéis hacer diferencia en la faz del cielo; ¿y en las señales de los tiempos no podéis?” (**Mateo**, XVI, 2-3 y **Lucas**, XVII, 54-56). Al referirse al momento **telos**, donde termina la historia (tiempo **kairos**) y comienza la eternidad, Jesús vuelve a establecer otra analogía con el **cronos** natural, esta vez para sus discípulos: “De la higuera aprended la semejanza: Cuando su rama ya se

enternece, y brota hojas, conocéis que el verano está cerca: así también vosotros cuando viereis hacerse estas cosas..." (**Marcos**, XIII, 28-29 y **Mateo**, 24:32; **Lucas**, XXI, 29).

Según San Lucas, Jesús increpaba a los fariseos porque no reconocían "este tiempo", refiriéndose al momento de su ministerio (**Lucas**, XII, 56). Y lloró al acercarse por última vez hacia Jerusalem: "¡Oh si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que toca a tu paz! Mas ahora está encubierto a tus ojos... No dejarán sobre ti piedra sobre piedra; por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación!" (**Lucas**, 19:41-44). "Si también tú conocieseis..." ¿Y quién lo conocía? Sólo Jesús. ¡No es la única vez que Jesús siente la gravedad ineludible del tiempo y llora su tragedia! ¡Con Lázaro, por el tiempo **cronos**; con Jerusalem, por el tiempo **kairos**!

La exégesis alemana de la escatología supone que Jesús esperaba el cumplimiento de tiempo **telos** en su propia generación. "De cierto os digo que no pasará esta generación, que todas estas cosas no sean hechas." (**Marcos**, XIII, 30; **Mateo**, XXIV, 34 y **Lucas**, XXI, 22). Estas palabras, registradas en Marcos aparecen también en los otros sinópticos, refiriéndose al triunfo catastrófico del Mesías. Pero Jesús ha dicho también, en el mismo discurso. "No sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor... El Hijo del hombre ha de venir a la hora que no pensáis." (**Mateo**, XXIV, 42-44 y **Lucas**, XII, 40). Esta vaguedad y a la vez tensión con respecto al tiempo **telos** se expresa en la parábola de las diez vírgenes, que sólo Mateo conserva, y en la de el siervo vigilante, que conservan Mateo y Lucas.

Como materia de exégesis es interesantísimo anotar que esta imprecisión en cuanto al tiempo **telos** tiene una curiosa consecuencia en una inversión de valores, informada por Mateo y Marcos con relación al joven rico y la pregunta de Pedro sobre su recompensa en el Reino de los Cielos: "Muchos primeros serán postreros, (**éscatoi**) y postreros primeros". (**Marcos**, X, 31 y **Mateo**, XIX, 30). Pero Mateo introduce esta frase nuevamente en la parábola de los obreros de la viña (**Mateo**, XX, 16), y Lucas

la utiliza en la parábola de la puerta estrecha, leve eco de las vírgenes prudentes. (**Lucas**, XII, 30). Este trastrueque de valores aparece finalmente como filosofía de la historia en la **Carta a los Hebreos**: "Quita lo primero para establecer lo postrero (**deúteros**)" (cap. X, 9).

Esta vaguedad en cuanto a los discípulos se torna precisión y seguridad en Jesús. Juan el Bautista marca, para Jesús, la frontera del tiempo. Mateo y Lucas ofrecen una versión circunstanciada de la relación entre el Bautista y Jesús, que puede y merece estudiarse a fondo con datos e interpretaciones de los otros evangelistas. Por ahora baste citar las palabras más reveladoras. "¿Eres tú **Aquél que Había de Venir**, o esperaremos a otros?" pregunta El Bautista. Jesús no contestó directamente a los mensajeros, solamente indicó las señales (**semeía**); pero, idos éstos, explicó a sus seguidores: "De cierto os digo que no se levantó entre los que nacen de mujeres otro mayor que Juan el Bautista, mas el que es muy más pequeño en el Reino de los Cielos, mayor es que él. Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, al Reino de los Cielos se hace fuerza, más los valientes lo arrebatan". (**Mateo**, XI, 1-15 y **Lucas**, VII, 18-35). Lucas no incluye en su versión esta última frase; pero la recoge más adelante, en una polémica contra los Fariseos: "Vosotros sois los que os justificáis delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación. La ley y los profetas hasta Juan: **desde entonces** el Reino de Dios es anunciado y quienquiera se esfuerza en él". (**Lucas**, XVI, 15-16). Este interesante pasaje, exclusivo de San Lucas, relaciona una vez más el trastrueque de valores y el misterio del tiempo **kairos** en presencia del tiempo **telos**.

Jesús alude claramente a la conciencia de su **kairos** cuando predica por primera vez en la sinagoga de Nazareth. Según la narración de San Lucas, "Fuele dado el libro del profeta Isaías . . . Y rollando el libro, lo dió al ministro, y sentóse . . . Y comenzó a decirles: 'Hoy se ha cumplido esta Escritura en vuestros oídos'". (**Lucas**, IV, 16-22). Ya hemos visto como, en la conciencia de Je-

sús, su **kairos** y el tiempo **télos** están íntimamente relacionados con su muerte. El cuarto Evangelio es el más explícito en este aspecto. En las bodas de Caná, dice a María: "Aun no ha venido mi hora". (cap. II, 4). A la samaritana, por el contrario, le asegura: "La hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad..." (Cap. IV, 23). A los Judíos, que protestaban de la curación del parálitico de Bethesda, Jesús declara: "Vendrá hora, y ahora es, cuando los muertos oírán la voz del Hijo de Dios, y los que oyeren, vivirán". (cap. V. 25). Pero a sus propios familiares, que le desafiaban a subir a Jerusalem, les replica: "Mi tiempo aún no ha venido; mas vuestro tiempo siempre está presto". (Cap. VII, 6). Cuando Jesús admite que su hora es llegada, la muerte y el Reino son dos polos en tensión que constituyen, en su unidad, el comienzo del tiempo **telos**, es decir, su glorificación. "¿No era necesario", dice a los discípulos de Emmaús, "que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?" (Lucas, XXIV, 26). Entonces declara San Lucas, "como se cumplió el tiempo (**tás jeméras**, los días) es decir, el tiempo **cronos**, en que había de ser recibido arriba, él afirmó su rostro para ir a Jerusalem". (Lucas, IX, 51). Su muerte es su glorificación: "La hora viene en que el Hijo del hombre ha de ser glorificado". (Juan, XII, 23). Pero su muerte es también el juicio de la historia, es decir, del tiempo **kairos** por el tiempo **telos**: "Ahora es el juicio de este mundo: ahora el príncipe de este mundo será echado fuera". (Juan, XII:31). Y esta crisis, o juicio del mundo histórico es constante, hasta el **telos**, o frontera de la eternidad. Cuando el Espíritu de la Verdad se manifiesta, en presencia de la muerte y resurrección de Cristo, juzgará al mundo de pecado, de justicia y de juicio, "por cuanto el príncipe de este mundo es juzgado". (Juan, XVI, 11).

Llegados a estas fronteras de los tiempos, más que en la exégesis de Oscar Cullman, pensamos en las **situaciones límites** de Karl Jaspers, donde se descubre, o al menos se divisa, el misterio del ser. Ya nos advierte Lucas, en la introducción a su **Evangelio**, que el **orden**

de los acontecimientos es tan elocuente como los hechos mismos. La muerte de Jesús marca esa frontera donde se descubre la gloria del Padre, el misterio y plenitud del tiempo **telos**, la eternidad donde radica el Reino de Dios. En el cuarto **Evangelio**, al punto en que Judas deja la compañía de su Señor, para ir a venderle, Jesús proclama la ley del Reino, la cual es su esencia: "Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, Dios también le glorificará en sí mismo, y luego le glorificará... Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros: como os he amado, que también os améis los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuvierdes amor los unos con los otros" (**Juan**, XIII, 30-35). Anotemos que el verbo para **amar**, utilizado en este pasaje, y luego en el capítulo trece de la primera **Carta** de San Pablo a los Corintios, es **agapao**, de donde el nombre propio Agapito, o sea Amado, participio pasado de este verbo. Es el mismo que usa Jesús en su conversación con Pedro, conservada en el **Post-scriptum** de este **Evangelio**. Pedro no se atrevió a usar el verbo de Jesús, se limitó al más humilde **fileo**, y Jesús lo aceptó así. Pero, este es el mismo verbo escogido por Mateo al traducir el **AJAV** hebreo del gran mandamiento. (**Mateo**, XXII, 36-37 y **Deuteronomio**, VI, 5). Probablemente Jesús usó **JESED**, alterando deliberadamente el texto sagrado, no para anularlo, sino para cumplirlo. (**Mateo**, V, 1.). Porque la plenitud de los tiempos demanda plenitud del lenguaje (**Lucas**, XXI, 24 y **Efesios**, I, 10).

Sin necesidad de seguir la exégesis de Cullmann, nos parece palmario, en el texto mismo del **Nuevo Testamento**, un orden de tiempo que provee un esquema de referencia para inferir la conciencia de Jesús, tanto de su secreto como de su destino. Este orden está simbolizado en los términos **cronos**, **kairos** y **telos**: el tiempo natural, o sea la duración, el ritmo y los ciclos naturales; el tiempo personal e histórico, o sea la vivencia consciente y creadora en la duración; y la plenitud y sentido del tiempo, simbolizado en Dios, es decir, el sentido de la duración, tanto de la natural como de la humana. A este or-

den de tiempo corresponde un orden de vida, al cual se refiere el apóstol Pablo como la vida natural o carnal, es decir, la biología; la vida personal o psíquica, es decir, la biografía y la historia; y la vida permanente o espiritual, a la cual llamaremos **biosemia**, ya que la inferimos por sus señales, a lo cual se refiere Jesús como "señales de los tiempos" (**Mateo**, XVI, 3). Tal vez sea esta **biosemia**, o vida eterna, lo que el padre P. Teilhard de Chardin ha llamado el punto Omega, y al cual el autor de la **Carta a los Efesios** se refiere como "la redención del tiempo **kairos**" (**Efesios**, V, 14-17). Este punto Omega imparte intencionalidad a toda existencia y sabiduría a la existencia humana: "Despiértate tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo. Mirad, pues, como andéis avisadamente; no como necios, mas como sabios; redimiendo el tiempo, porque los días son malos. Por tanto, no seáis imprudentes, sino entendidos de cual sea la voluntad del Señor".

Tan importante me parece este pasaje como para ser fundamento de todo un programa de educación cristiana y de una **Philosophia Christi**. "Andar avisadamente" (**akribóos**) quiere decir con exactitud, con rigor intelectual, con certidumbre crítica. "Redimiendo el tiempo" (**agorazómenoi**), quiere decir comprando su libertad por precio de **agóra**, de mercado, como se redimían los esclavos, ya que nuestro tiempo **kairos** es esclavo de nuestra insensatez o **afronía**, como lo prueba el rico insensato de San Lucas y los que edifican sobre cimientos de arena, en el "Sermón del Monte". El precio de redención es el que Jesús exigió al "Joven Rico" que codiciaba los "tesoros del cielo": vender lo que uno tiene, darlo a los que no tienen, negarse a sí mismo, tomar la cruz y seguir en las huellas de Jesús. Y esto es ser entendido (**synetós**), el que entre las muchas cosas que constituyen el caos de la vida natural e histórica, sabe discernir, como María, la buena parte, la única permanente.

A los tres tiempos corresponden tres vidas, tres afectos y tres saberes. El amor **eros**, el del Banquete platónico, es el biológico, el natural del tiempo cronos; la **filía**, el afecto fundador de la filosofía y de Filadelfia, es el

amor culto y biográfico, el límite a que llega el afecto de San Pedro; el **agápe** cristiano, es el amor **biosémico**, el del Reino Permanente, y en él se redimen y adquieren sentido los otros dos amores. "En un mundo de convergencia espiritual", escribió el padre Teilhard de Chardin, al final de la obra de toda su vida, "la energía 'crística' adquiere una urgencia y una intensidad que la distingue como un orden distinto. Si el universo es convergente, y si Cristo ocupa su centro, entonces la Cristogénesis de San Pablo y San Juan es, nada menos, que la extensión de esa **nougénesis**, tan esperada y tan incierta, en la cual la cosmogénesis culmina, según nuestras investigaciones. . . Poder decirle a Dios que uno lo ama, no sólo con todo el cuerpo, toda la mente y todo el espíritu, sino con cada fibra del universo convergente —es una oración que sólo puede hacerse dentro de toda la amplitud tempo-espacial". Más adelante, en una breve apostilla a la página 297 de la versión inglesa de su obra, dice este sabio cristiano: "Para el creyente cristiano es interesante advertir que el resultado final del proceso de **hominización** (y, por tanto, de la involución cósmica) está positivamente garantizado por el 'poder redentor' del Dios que encarna en su creación". (*The Phenomenon of Man*, Harper and Bros., N. Y., 1959, p. 297).

Es consolador, y a la vez estimulante, encontrar un sabio cristiano que, al cabo de una vida consagrada a la investigación científica, reconozca la pura esencia de sus conclusiones prefigurada en las cartas paulinas y en el **Evangelio de San Juan**, y deposite su intuición humildemente bajo la tutela de la intuición espiritual de la revelación cristiana. El afecto natural, el **eros**, se nutre del saber instintivo, al cual el fisiólogo Walter Canon ha llamado **Sabiduría del Cuerpo**. El proceso de la ciencia tiende a compenetrarse del secreto de esta sabiduría. El afecto específicamente humano, la **filia**, se prolifera en saber culto: ciencia, filosofía, historia, estética, teología, jurisprudencia, en una palabra, humanismo. El **agápe** cristiano conduce al saber de la gracia, al **nous** que hubo en Cristo Jesús y nos da la visión del Ser Uno, ese **desideratum** soñado por la filosofía desde **Parménides** hasta Karl

Jaspers, y vivido solamente por Cristo y los suyos. El Apóstol de los Gentiles lo ve cumplido en su imagen de la Iglesia: "Porque de la manera que el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, empero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un cuerpo, así también Cristo... Pues vosotros sois el cuerpo de Cristo, y miembros en parte". (**Primera carta a los Corintios**, XII, 12 y 27). Y en la **Carta a los Efesios**, el Apóstol les ruega cumplir su vocación por el **agápe** y guardar "la unidad del Espíritu, en el vínculo de la paz: un cuerpo, un Espíritu —como sois también llamados a una misma esperanza de vuestra vocación— un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todas las cosas, y por todas las cosas, y en todos vosotros... Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios..." (cap. IV, 1-16). De esta misma unidad debe ser símbolo el matrimonio cristiano, donde el **eros** natural asume forma histórica en la filia jurídica, y relación mística en el **agápe**: "Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la Iglesia; y él es el que da la salud al cuerpo". (cap. V, 23). El cuarto evangelista, el que escribe desde esta iglesia en Efeso, expresa esta unidad nítidamente en la "Oración Intercesoria": "Para que todos sean una cosa, como tú, oh Padre, en mí, y yo en tí, que también ellos sean en nosotros una cosa: para que el mundo crea que tú me enviaste". (**San Juan**, XVII, 21). Así, la Iglesia es imagen histórica del Ser Uno; y la Trinidad, su imagen en el tiempo **telos**.

Sin estar compenetrados de la eficacia de este punto Omega, la biografía y la historia transcurren en una semiconciencia, confusa y torpe, como el sueño que invadió a los discípulos ante la transfiguración de Jesús, y en la hora de su Gethsemaní. S. Freud, C. Jung y E. Fromm han reconocido científicamente el valor expresivo de los sueños. La vida biográfica e histórica duerme y sueña; la vida natural, sólo duerme. La participación en el **nous** que hubo en Cristo, en su muerte y su resurrección, conduce al cristiano a un despertar completo, en el cual se redimen su tiempo natural y su tiempo histórico, en el **telos** de la eternidad. El Apóstol a los Gentiles, fundán-

dose en la **ipsíssima verba** de Jesús, escribe a los romanos: "El **agape** no hace mal al prójimo: así que el cumplimiento (**telos**) de la ley (**histórica**) es el **agápe**. Y esto, conociendo el tiempo (**kairos**) que es ya hora de levantarnos del sueño; (del dormir)... La noche ha pasado, y ha llegado el día: (analogía con el tiempo cíclico o **crónos**) echemos, pues, las obras de las tinieblas y vistámonos las armas de luz". (**Romanos**, XIII, 10-14). El momento **telos** transfigura de sentido el tiempo **cronos** y también el **kairos**; la naturaleza y la historia quedan iluminadas de eternidad. El mismo lenguaje poético usa el **Cuarto Evangelio**: "La luz en las tinieblas resplandece..." "Como él (Judas) hubo tomado el bocado, luego salió: y era noche". (caps. I, 5 y XIII, 30).

"La literatura del Nuevo Testamento", dice Oscar Cullmann, "imparte por vez primera a toda la revelación un anclaje en el tiempo". "**Christ and Time**, (The Westminster Press, 1950, p. 38). Es más que eso: proveen a la mentalidad de occidente un sentido y un sentimiento o sensibilidad históricos. Pasternak ha escrito, en su **Doctor Zhivago**: "La historia, como la conocemos ahora, comenzó con Cristo, y el Evangelio de Cristo es su fundamento. Y bien, ¿qué es la historia? Es los siglos de exploración sistemática del enigma de la muerte, con la intención de vencerla. Por eso se descubrió el infinito de las matemáticas y las ondas electromagnéticas; por eso se escriben sinfonías... Las dos ideas básicas del hombre moderno —sin las cuales es inconcebible— son la idea de una personalidad libre y la idea de la vida como sacrificio... Entre los antiguos, la historia no existió en este sentido... No fue, sino hasta después de la venida de Cristo que el tiempo y el hombre respiraron con libertad. No fue hasta después de El, que los hombres comenzaron a vivir hacia el futuro. Ya el hombre no muere en una zanja como un perro— sino en el hogar de la historia, mientras el esfuerzo hacia la conquista de la muerte está en su apogeo, muere participando en esta labor" (**Op. Cit.**, Pantheon, N. Y., 1958, p. 10). Por esta misma razón, la primera filosofía de la historia, escrita en occidente, es **La Ciudad de Dios**, de San Agustín.

La novedad revolucionaria de su doctrina, que Jesús simboliza en las parábolas del vino nuevo, el paño nuevo, la semilla de mostaza y la levadura, así como en sus conceptos de el bautismo por el Espíritu, el nuevo nacimiento por el Espíritu, el trastrueque de valores, el gesto de poner el niño en el medio, como el mayor en el Reino de los Cielos, y finalmente en la palabra **evangelio** —buena noticia, buena nueva— se comprende mejor por el contraste de su actitud con las actitudes de sus contemporáneos hacia él. Se pueden considerar tres clases de contemporáneos: sus discípulos y admiradores, los judíos hostiles, y una clase intermedia, perpleja, atraída, interesada o indiferente, a la cual pertenecen Herodes, Pilatos, la mujer sirofenisa, y los griegos que deseaban ver a Jesús. (**Juan**, XII, 20-22).

La historia del pensamiento griego es la de un proceso de abstracción, de simbolización verbal de vivencias; la del bíblico, por el contrario, es la de un proceso de personalización de símbolos, al cabo del cual el autor de la **Carta a los hebreos**, puede aseverar: "Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos" (Cap. XIII, 8). En la persona de Jesús, tiempo, ser, afecto y saber se dan como un todo orgánico; en la de sus contemporáneos se dan como los añicos de un sueño despedazado. Ante la intuición de una total deidad, los discípulos sienten el miedo numinoso, de que habla Rudolf Otto, por dos modos: por sobrecogimiento ante un poder avasallante, y por un terror ante la presencia de la muerte, en consecuencia de una inseguridad o desconfianza de su propio ser. Cuando Jesús camina sobre el mar, calma la tempestad o multiplica los panes y los peces (**Marcos**, IV, 41; **Marcos**, VI, 46 **et. passim**); los discípulos sienten gran temor y se preguntan: "¿Quién es éste, que aun el viento y la mar le obedecen?" Cuando resucita a la hija de Jairo, a Lázaro, al hijo de la viuda de Naín: "Todos tuvieron miedo y glorificaban a Dios diciendo: Que un gran profeta se ha levantado entre nosotros; y que Dios ha visitado a su pueblo" (**Lucas**, VII, 16 y **Marcos**, V, 42).

La transfiguración es tal vez el punto convergente de la narración evangélica donde todas las tensiones po-

lares (vectores) que constituyen la revelación bíblica se resuelven en un acto de superación o trascendencia, donde súbitamente se descorre el misterio del tiempo **telos** y se contempla la eternidad. Lucas nos dice que los discípulos "callaron; y por aquellos días no dijeron nada a nadie" (Cap. IX, 36). Mateo añade que "los discípulos cayeron sobre sus rostros y tuvieron gran temor" (Cap. XVII, 6). Marcos narra, inmediatamente después de la transfiguración, un acontecimiento entre Jesús y sus discípulos, al cual Lucas sólo alude indirectamente, y Mateo parece colocar algún tiempo después. "Y descendiendo ellos del monte, les mandó que a nadie dijesen lo que habían visto, sino cuando el Hijo del hombre hubiese resucitado de los muertos. Y retuvieron la palabra en sí, altercado que sería aquello: Resucitar de los muertos. Y le preguntaron diciendo: ¿Qué es lo que los escribas dicen, que es necesario que Elías venga antes? Y respondiendo él, les dijo: Elías, a la verdad, viniendo antes, restituirá todas las cosas: y como está escrito del Hijo del hombre, que padezca mucho y sea tenido en nada. Empero os digo que vino, y le hicieron todo lo que quisieron, como está escrito de él". Pasado el incidente del joven lunático, el evangelista reanuda el hilo de su narración: "Enseñaba a sus discípulos y les decía: El Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres, y le matarán; mas muerto, resucitará al tercer día. Pero ellos no entendían esta palabra, y tenían miedo de preguntarle". Lo que sigue es la discusión entre los discípulos sobre cuál de ellos sería el mayor en el Reino, y el gesto de Jesús de poner el niño en el medio: "El que recibiere en mi nombre uno de los tales niños, a mí recibe; y el que a mí recibe, no recibe a mí, mas al que me envió" (Marcos, IX, 31-36 et passim.).

Si separamos los elementos integrados en la estructura de estos perícopes, su contenido semántico se esclarece: En el plano del tiempo **telos**. Elías, Moisés y Jesús hablan de la muerte, señal específica del tiempo **kairos**. Los discípulos, inmersos en el tiempo **cronos**, y ocupados en los acontecimientos de su tiempo **kairos**, no pueden comprender la relación significante de la muerte y la re-

surrección, porque sólo conocen “como por espejo, en enigma” (I Corintios, XIII, 12). Y su entendimiento estaba “cargado de sueño” (Lucas, IX, 32-33). Por tanto, hablan de lo que entienden, de las magnitudes y valores de su vida **kairos**: “¿Cuál sería el mayor en el Reino?” Jesús les recuerda el trastrueque de valores, simbólico de la revolución, y les dice: “Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos”. Luego pone al niño en el medio, porque el niño es la cifra del lazo vivo que encadena los tiempos: el natural **cronos**, el humano **kairos** y el divino **telos**. A esta exégesis, Lucas añade una de las breves y luminosas oraciones de Jesús: “Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, que escondiste estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los pequeños: así, Padre, porque así te agradó. Todas las cosas me son entregadas de mi Padre: y nadie sabe quien sea el Hijo sino el Padre; ni quien sea el Padre, sino el Hijo, y a quien el Hijo lo quisiere revelar” (cap. X, 21-22).

Marcos y Mateo conservan otro pasaje, paralelo del anterior. Después del incidente del joven rico, y la contestación de Jesús a Pedro con respecto a las recompensas en el Reino, donde “muchos primeros serán postreros y postreros primeros”, Jesús habla a sus discípulos de su pasión, que acontecerá en Jerusalem. Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, se acercan a Jesús en ese momento, para pedirle, por mediación de la madre, los dos puestos de más importancia en el Reino. Los otros diez se enojaron, y Jesús repitió su amonestación: “Porque el Hijo del hombre tampoco vino para ser servido, mas para servir, y dar su vida en rescate por muchos” (Cap. X, 45).

“Se espantaban y le seguían con miedo”, escribe Marcos (Cap. X, 32). La intuición de las fuerzas convergentes de la vida y del tiempo, concentradas en la persona de Jesús, produce en sus discípulos esta confusión de afectos y de mentalidad. Quieren prohibirle la realización del bien a uno que no seguía en la compañía de Jesús. “No se lo prohibáis... el que no es contra nosotros, por nosotros es”, contesta Jesús (Marcos, IX, 40). Juan

y Jacobo desean destruir una ciudad de samaritanos, que no quisieron recibir a Jesús: "Vosotros no sabéis de que espíritu sois. El Hijo del hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas", les instruye Jesús (**Lucas**, IX, 54-56).

La máxima confusión, el cruce paradigmático de sentidos, se da en Pedro, a quien, en el momento de su confesión Jesús declara "bienaventurado" por haber acertado a reconocer al Mesías en virtud de la iluminación divina, es decir, por el saber infuso de la vida **télos**, de la vida de Dios. Pero acto seguido tiene que rechazarlo como a Satanás, porque, en vísperas de la muerte sacramental del Maestro, lo reprende diciéndole: "En ninguna manera esto te acontezca". No entiende lo que es de Dios, lo que solamente adquiere sentido en función del **télos** divino; sino lo que es del tiempo humano, del tiempo **kairos**. En ese momento, repleto de densidad semántica, Jesús enuncia el principio rector de su nuevo orden: "Cualquiera que quisiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz y sígame. Porque el que quisiere salvar su vida, la perderá; y el que perdiere su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará. Porque, "¿qué aprovechará al hombre si granjeare todo el mundo y pierde su alma?" (**Marcos**, VIII, 34-36; **Mateo**, XVI, 24-26; **Lucas**, IX, 23-26 y **Juan**, XII, 25).

Este dicho es, sin duda, una reproducción exacta de la palabra de Jesús, y la importancia que tuvo para la iglesia primitiva se revela por el hecho de conservarse en los cuatro **Evangelios**, por la clara conexión que establecen los cuatro con la muerte de Jesús, por su reproducción en **Mateo**, X, 38, al envío de los doce, por su relación con la historia del joven rico, (**Marcos**, X, 21) y por su fuerza inspiradora en el martirologio cristiano de toda la historia. El principio que engendra la filosofía humanista del tiempo **kairos**, lo revela para siempre a Sócrates el oráculo délfico: "Conócete a tí mismo". El principio cristiano, que nos da el saber al cual alude San Pablo en la frase "la mente de Cristo", (**I Corintios**, II, 16) vuela con dos alas, como la paloma mensajera del Espí-

ritu Santo: "Niégate a tí mismo" y "Amarás como a tí mismo". Es interesante observar que este mandamiento de Jesús, el cual San Juan describe como "el solo mandamiento" que rige el último orden de existencia, San Pablo lo considera "el cumplimiento de la ley". (**Romanos, XIII, 9-10**). Es uno de los pocos dichos de Jesús que San Pablo incorpora a sus epístolas. En los Evangelios, está conectado con la presencia inminente de la pasión, (**Marcos, XII, 31**) y en Lucas particularmente, con el joven rico, el doctor de la ley y la parábola del buen samaritano (**Lucas, X, 27**). La primera parte de este mandamiento, aislada de la segunda, conduce a un ascetismo negador de la vida **cronos**, así como de la **kairos**, de la naturaleza y de la historia, es decir, al nihilismo y al nirvana. La segunda es afirmadora de "la fe que obra por **agápe**, (**Gálatas, V, 6**), y ambas constituyen la expresión del **nous** o sabiduría de Cristo, que transfigura la vida **kairos** en vida abundante de afecto, de saber y de eficacia creadora, vida ascendente hacia el plano de la vida eterna.

Lo que en los discípulos produce atracción fascinante, temor numinoso y confusión mental, en los fariseos, los saduceos y los herodianos provoca hostilidad agresiva y amenazante. Avasallados por la tradición y las formas fosilizadas de una piedad religiosa cuyo contenido vital ya no percibían, los judíos tampoco pueden comprender el Espíritu —la intencionalidad racional y vital— que se manifestaba en Jesús. "Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios", declara San Pablo, los tales son hijos de Dios. . . Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de él" (**Romanos, VIII, 14 y 9**). Estas palabras son muy parecidas a la contestación que Jesús da a Pilato, según la narración de San Juan: "Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz" (Cap. XVIII, 37).

Este cuarto **Evangelio**, el más cercano a la interpretación paulina, nos ofrece en los capítulos siete y ocho la más viva reconstrucción de la tensa atmósfera que rodeó la semana de la pasión. Aunque se refiera a la fiesta de los tabernáculos, y no a la pascua, lo importante es

la elocuencia de la recomposición de hechos y palabras. Ya desde Galilea, al interpretar la multiplicación de los panes y los peces, el lenguaje de Jesús suena extravagante en los oídos de la multitud y la separa en tres clases: los que se alejan, los que atacan y los que persisten en quedarse junto a Jesús, aunque no entienden cabalmente las "palabras de vida eterna". San Juan intercala, en este punto, la confesión de Pedro: "Y nosotros creemos y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios viviente". (Cap. VI, 69). Y esta confesión es también la tesis del **Evangelio** (Cap. XX, 31).

Pero los judíos "no reconocen su lenguaje porque no pueden oír su palabra" (Cap. VIII, 43). Y no la pueden oír porque **no son de la verdad**. Jesús no disfraza su lenguaje, antes lo simboliza contrastando su Padre con "el padre de mentira" —el Diablo. "El, homicida ha sido desde el principio, y no permaneció en la verdad, porque no hay verdad en él" (Cap. VIII, 44-45). Después de las cuidadosas investigaciones de Carl G. Jung sobre el sentido del lenguaje arquetípico, el de Jesús es más accesible para quien tenga voluntad de entenderlo, o como el mismo Maestro decía: "para quien tenga oídos para oír".

Jesús habla desde el plano de vida teleológico o escatológico que identifica con el padre y con la verdad. Esta vida se trasluce en sus hechos y en sus palabras; pero no se entiende cabalmente desde la perspectiva del plano de vida natural, en el tiempo **cronos**, o histórico, en el tiempo **kairos**. Se habla de él por analogía, en parábolas o actos simbólicos, donde las categorías de tiempo, espacio, libertad y poder adquieren otras funciones.

Ya desde el capítulo VI, dice Jesús, con referencia al "pan de Dios, aquel que descendió del cielo": "Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera..." Todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tendrá vida eterna, y él le resucitará en el día postrero. "Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere, y yo le resucitaré en el día postrero" (**Juan**, VI, vrs. 40 y 44). Esta reiteración del cuarto Evangelio, no comprendida por los judíos, culmina en el capí-

tulo octavo: "De cierto, de cierto os digo, que el que guardare mi palabra, no verá muerte para siempre" (verso 51). A lo cual responden los judíos: "Ahora conocemos que tienes demonio".

Las referencias a Moisés y a Abraham ensanchan aún más el abismo de incompreensión. "¿Eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo?", había preguntado la samaritana. A la diferencia de planos corresponde una diferencia de valores: "Si conocieseis el don de Dios, y quién es el que te dice dame de beber"... (Juan, IV, 10 et passim). Pero los judíos no conocen el don de Dios. "No os dió Moisés el pan del cielo..." les dice Jesús. "Ninguno puede venir a mí si no le fuere dado del Padre... ¿No he escogido yo a vosotros doce, y uno de vosotros es diablo?" (Juan, VI, 65 y 70). Ya sabemos que diablo es "la blasfemia contra el Espíritu Santo", la negación de la verdad (Marcos, III, 29 y Lucas, XII, 10).

Cuando Pablo ha recibido el evangelio "por revelación de Jesucristo" (Gálatas, I, 11-12), puede afirmar "de aquí adelante a nadie conocemos según la carne" (II Corintios, V, 16). La misma idea aparece en estos capítulos de San Juan para explicar la tensión entre Jesús y los judíos. "No juzguéis según lo que parece, más juzgad justo juicio", les dice Jesús con referencia a Moisés. "No os dió Moisés la ley y ninguno de vosotros hace la ley... Ciertamente, Moisés os dió la circuncisión, y en sábado circuncidáis al hombre. Si recibe el hombre la circuncisión en sábado, para que la ley de Moisés no sea quebrantada, ¿os enojáis conmigo porque en sábado hice sano todo un hombre?" (Juan, VII, 19 y 22-24). El extravío del saber en el tiempo *kairos* eleva el valor de la ley sobre el hombre, Jesús restituye la magnitud a los valores: "Fue hecho el sábado por causa del hombre" (Marcos, II, 27, et al).

Una vez que se deforma la categoría de valor, todas las demás sufren igual desgracia. Los judíos no pueden comprender que Jesús acepte la compañía de publicanos, pecadores y ramerías. (Marcos, II, 15; Lucas, V, 30

y VII, 34) y mucho menos cuando afirma que "los publicanos y las rameras os van delante al Reino de Dios" (**Mateo, XXI, 31**). La paradoja alcanza un límite intolerable en la parábola del publicano y el fariseo que suben al templo para orar, en la cual tal vez haya una velada referencia a la adoración de Abel y Cain (**Lucas, XVIII, 10**).

Es asombrosa la intuición que revela el cuarto **Evangélio** con referencia al efecto que esta desigualdad de planos de vida tiene en las funciones de las categorías básicas de tiempo y espacio. "Aunque yo doy testimonio de mi mismo", contesta Jesús a los fariseos, "mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde he venido y a dónde voy; mas vosotros no sabéis... Vosotros según la carne juzgáis; mas yo no juzgo a nadie. Y si yo juzgo, mi juicio es verdadero; porque no soy solo, sino yo y el que me envió, el Padre" (**Juan, VIII, 14-23**). En este mismo pasaje Jesús alude al tiempo **kairos** como **abajo, este mundo**, y a la vida del tiempo **telos** como **arriba**, con el Padre. (Cf. **Juan, VIII, 21**). Al doctor de la ley que comenta "con sabiduría" la contestación de Jesús con respecto al "grande mandamiento", el Maestro declara "cerca del Reino de los Cielos" (**Marcos, XII, 25**). El no hacer la correspondiente corrección mental cuando estas categorías se trasladan de un plano a otro, traerá siempre el desastre espiritual que se ilustra con el trastrueque de valores entre el hombre y el sábado. Esta deformación llega a su expresión extrema cuando los fariseos piden a Pilato quebrar las piernas de los crucificados, vivos aun, para que al apoyarse sobre los clavos de sus pies, en los estertores de la muerte, no quebrantasen la ley del sábado realizando este leve esfuerzo laborioso (**S. Juan, XIX, 31**).

La relación de las categorías de mundo, tiempo y espacio, en el plano de la vida eterna, y su incongruencia en el plano de la vida histórica, se manifiesta al comienzo del capítulo VII, cuando sus parientes piden a Jesús que se presente en Jerusalem, durante la fiesta de los tabernáculos.

Díceles entonces Jesús: Mi tiempo aun no ha venido; mas vuestro tiempo siempre está presto. No puede el mundo aborreceros a vosotros; mas a mí aborrece, porque yo doy testimonio de él, que sus obras son malas.

La incongruencia o desacuerdo es aún más evidente cuando se trata de las categorías de verdad, libertad y tiempo.

Y decía Jesús a los judíos que le habían creído: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis mis discípulos en la verdad; y conoceréis la verdad y la verdad os libertará. Y respondiéronle: Simiente de Abraham somos, y jamás servimos a nadie: ¿cómo dices tú: Seréis libres?

Ciertamente la mentalidad inmersa en el tiempo **kairos** no reconoce el lenguaje de Jesús. Estos son los judíos "que le habían creído". Todavía no son hostiles; pero no oyen la palabra de Jesús, sus oídos están tapiados por la atmósfera de su **kairos**. Jesús habla de permanecer en su **logos**, de un tiempo que **permanece**, el tiempo del Reino Inmóvil, sobre el que se funda la verdad y la libertad simultáneamente. "Mi palabra no cabe en vosotros. Yo hablo lo que he visto cerca del padre". Este tiempo y esta cercanía son tan incomprensibles para "los de este mundo" como la verdad y la libertad fundados en el **logos** o mentalidad de Dios. "El que guardare mi palabra no verá muerte para siempre", es un aserto que carece de sentido en el plano del **kairos**, donde la muerte rige la sucesión de la vida. La magnitud que logre vencer la muerte proclama necesariamente un máximo valor. "¿Eres tú mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió? y los profetas murieron: ¿quién te haces a tí mismo?" Esta pregunta había sido formulada antes. "A donde yo voy, vosotros no podéis venir", había dicho Jesús. Esta categoría espacial no la comprenden "los de este mun-

do". "Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo". Ante esta palabra incomprensible los hombres del **kairos** preguntan perplejos. "¿Tú, quién eres?" (Cap. VIII, 25).

El es la racionalidad del tiempo, del espacio y de la muerte; por tanto, él es la verdad libertadora, el camino hacia la vida permanente. El es quien puede asegurar: "Abraham, vuestro padre, se gozó por ver mi día; y lo vió y se gozó... Antes que Abraham fué, yo soy". A lo cual los hijos del tiempo histórico solo pueden contestar con torpeza razonable: "Aun no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?" La intención de este pasaje puede comprenderse mejor si se compara con el argumento del capítulo cuarto de la **Carta a los Gálatas**.

Dentro de este esquema de referencias se comprende la contestación dada a los herodianos en la disyuntiva del tributo: "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios". No puede haber confusión entre valores que pertenecen a dos planos de categorías totalmente distintos, si bien coordinados en un orden de subordinación. Lo propio ocurre con el problema del matrimonio planteado por los saduceos: El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob (el de la sucesión histórica) "No es Dios de muertos, mas Dios de vivos" (**Marcos, XII, 27**). El matrimonio es un valor en el plano de vida histórica, mas no en la eterna, ya que "Los hijos de este siglo se casan, y son dados en casamiento; mas los que fueron tenidos por dignos de aquel siglo y de la resurrección de los muertos, ni se casan, ni son dados en casamiento: porque no pueden ya más morir: porque son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios, cuando son hijos de la resurrección". (**Lucas, XX, 34-36**). Igualmente significativo es el argumento con el cual Jesús termina el planteamiento de su autoridad: "¿Cómo dicen los escribas que el Cristo es Hijo de David?... Luego llamándole el mismo David Señor, ¿de dónde, pues, es su hijo?" (**Marcos, XII, 35-37**). Es de notar cómo este argumento impresionó a los discípulos, ya que se conserva en los tres sinópticos y lo utilizan los apóstoles al comienzo de su predicación. (Cf.

Hechos, II, 24-31 y XIII, 34-37). Este desacuerdo exacerbó la hostilidad de los judíos hasta querer matarle. Mateo, quien fiel a su tendencia de coleccionar los dichos de Jesús, recoge en el capítulo XXIII los ataques del Maestro contra las deformaciones de los fariseos y los escribas, es también quien registra la expresión del mayor rencor contra Jesús —la contestación de los judíos al acto de exculpación por parte de Pilato al lavarse las manos: “Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos” (**Mateo**, XXVII, 25).

En contraste con esta actitud de los fariseos, nos dice Marcos que “Los del común del pueblo le oían de buena gana” (Cap. XII, 37). En los capítulos ya aludidos San Juan nos dice: “Y muchos del pueblo creyeron en él... Algunos de la multitud, oyendo este dicho decían: Verdaderamente, éste es el profeta...” (Cap. VII, 31 y 40; Cap. VIII, 30). Y creyeron en él aunque sabían que los fariseos lo buscaban para matarle (Cap. VII, 25). Aún los ministeriales enviados por “los principales sacerdotes y los fariseos” para prender a Jesús, “ninguno echó sobre él sus manos”, y contestaban a sus dueños: “Nunca ha hablado hombre así como este hombre”. Si bien los fariseos se revolvían contra los seguidores insultándolos: “¿Estáis también vosotros engañados? ¿Ha creído en él alguno de los príncipes o de los fariseos? Mas estos comunales que no saben la ley, malditos son?” (Juan, VII, 44-52). Pero Nicodemo no era comunal, y sabía la ley. El es uno de estos pocos que creyeron en él. Lo son también los griegos que deseaban verle, (Cap. XII, 20), lo es también la mujer sirofenisa (**Marcos**, VII, 26). “También tengo otras ovejas que no son de este redil”, dirá Jesús, “aquellas también me conviene traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño y un pastor” (**Juan**, X, 16). “La hora viene”, dice Jesús a los griegos”, en que el Hijo del hombre ha de ser glorificado. De cierto os digo que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, él solo queda; mas si muriere, mucho fruto lleva. El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará. Si alguno me sirve, sígame:

y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirve, mi Padre le honrará". (Cap. XII, 20-26).

Este pasaje ocurre sólo en San Juan, y es denso en sentido, como el índice de salud revelado por una biopsia. El evangelista escribe desde la perspectiva de la Iglesia Universal, cuyo modelo tal vez sea la de Efeso. Se han roto los estrechos límites del **kairos**, o historia hebrea. El tiempo **telos** —donde el Padre reside— intersepta la corriente de la historia en el punto cuando el grano cae en tierra y muere, en analogía con los ciclos del tiempo natural. Pero el grano muere para llevar fruto, del cual Nicodemo, la mujer samaritana, la mujer sirofenisa, los "algunos de la multitud", y estos griegos que deseaban verle, son las primicias. Y en este punto, el evangelista inserta el principio nuclear del reino de los Cielos, el cual es la negación del principio egocéntrico del Reino de "este mundo". Toda la inversión de categorías: tiempo, espacio, valores y afecto, se dan en la perspectiva de esta breve biopsia.

San Marcos, único entre los sinópticos, ha conservado la visión del muchacho que siguió a Jesús desde lejos, hasta el Gethsemaní: "cubierto de una sábana sobre el cuerpo desnudo; y los mancebos le prendieron: mas él, dejando la sábana, se huyó de ellos desnudo" (**Marcos**, XIV, 51-52). Tal vez este mancebillo fuera el mismo Juan Marcos, que a usanza de los pintores renacentistas, se ha incluido a sí mismo en la composición. El también fue "uno de la multitud" que luego vino a formar parte del sólo rebaño, con un sólo pastor.

Puede resultar muy aleccionador para un cristianismo sentimental y vacío de sentido, anotar las actitudes de Jesús frente a estas tres clases de personas que constituyeron su contorno humano en esta hora densa que precede a la pasión. En primer lugar, es necesario tener siempre en cuenta que las palabras y los gestos de Jesús tienen un sentido trascendente de lo aparential. Al poner un niño en el centro, como el mayor en el Reino de los Cielos; al advertirnos que de no volver a ser como niños no entraremos en el Reino; al decir a Nicodemo "es nece-

sario nacer otra vez”, sus palabras son espíritu, es decir, sentido, **logos**, verdad, y son vida, es decir, funcionales, efectivas, no meramente descriptivas de un hecho exterior de la pura objetividad. No se trata de un infantilismo o fijación infantil, a lo Freud, no se trata de una falsa nivelación de kindergarten aficionado, lo cual hace más daño al niño que la incomprensión del adulto que se niega a engañar a un niño fingiendo ser lo que no es, ni puede ser ya. “Cuando yo era niño hablaba como niño, pensaba como niño, jugaba como niño; mas cuando ya fui hombre hecho, dejé lo que era de niño”, dice San Pablo (I **Corintios**, XIII, 11). Y luego añade: “No seáis niños en mentalidad, sino sed niños en la malicia; empero perfectos en la mentalidad” (Cap. XIV, 20). La **Carta a los Efesios**, donde se describe el crecimiento espiritual, concluye: “que ya no seamos niños fluctuantes y llevados por doquiera de todo viento de doctrina...” (Cap. IV, 14). La referencia a la conversación con Nicodemo es obvia: “Así es todo aquel que es nacido del Espíritu” (**San Juan**, III, 8). Es claro que se trata de una nueva medida de tiempo, el tiempo que corresponde al plano de vida eterna, en analogía con el tiempo natural. El nuevo nacimiento simboliza la entrada en un nuevo orden categorial: el Reino de los Cielos. “Recibid al débil en la fe, pero no para contienda de disputas”, dice San Pablo. “Que el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia y paz y gozo por el Espíritu Santo” (**Romanos**, XIV, 1 y 17). El niño en el Reino todavía no entiende este orden categorial, por tanto, no lo puede disfrutar porque aún no habla el lenguaje del Reino. Pero crecerá hasta la estatura de un varón perfecto, a la medida de Cristo. (**Efesios**, IV, 13).

En segundo lugar, en Jesús no hay ni lenguaje de niño, ni juicio de niño, Jesús no disfraza, ni escamotea la realidad: “Si vosotros, **siendo** malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos...” Este es el lenguaje de Jesús. La realidad humana es una tensión de bien y mal. Cuando su **kairos** todavía no ha llegado, Jesús soslaya la persecución de Herodes y se refugia en las montañas de Bethsaida, así como de niño había huido, de otro He-

rodes, hacia Egipto. Antes de la semana de pasión, mientras los pontífices y los fariseos juntan concilio para matarle, "Jesús ya no andaba manifiestamente entre ellos; mas fuése de allí a la tierra que está junto al desierto, a una ciudad que se llama Efraim: y estábase allí con sus discípulos". La hostilidad de los Judíos subió al punto de querer también la muerte de Lázaro, el que ya había muerto una vez de muerte natural (**San Juan, XI, 47-57**). "Uno de vosotros es diablo", dice Jesús a sus discípulos, otro le ha de negar tres veces, los demás huirán, dejándole solo en el momento de mayor peligro. La entrada triunfal es la entrada en el umbral de la muerte y de la realidad humana.

En tercer lugar, la actitud de Jesús hacia el mal no es infantil, ni es idealista, sino profundamente religiosa, la actitud de una fe madura y reflexiva. El psicólogo alemán Fritz Kunkel ha escrito una excelente obra, **Creation Continues**, en consecuencia de sus meditaciones sobre la frase: "No resistáis al mal", que constituye el núcleo del Sermón del Monte (**Mateo, V, 39**). Pero la explicación más profunda de esta actitud la ofrece San Pablo en el capítulo doce de su **Carta a los romanos**: "No os venguéis vosotros mismos... No seas vencido de lo malo, mas vence con el bien el mal". "¿Quién pecó, éste o sus padres, para que naciere ciego?", es la posición de los discípulos frente al mal. La actitud de Jesús es la **resistencia creadora**, ni la pasiva ni la violenta. "Conviéneme obrar las obras del que me envió entretanto que el día dura... Entretanto que estuviese en el mundo, luz soy del mundo" (**S. Juan, IX, 1-7**). El mal no es "maya" o ilusión, es real; no se cura con el nirvana o la negación, sino con la fe creadora. "Amad a vuestros enemigos" tampoco es una ilusión, se funda en la fe que intuye y acepta la realidad de un Reino, donde Dios es Padre creador y amoroso. "En ésto consiste el amor de Dios", escribe San Juan, "no que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó a nosotros, y ha enviado a su Hijo en propiciación por nuestros pecados" (**Primera Carta, IV, 10**). El que tiene esta fe puede amar a su enemigo como amó Jesús, no por sentimentalismo vano,

sino por fe reflexiva; no porque neguemos realidad al mal, o remitamos a Dios la responsabilidad de eliminarlo, sino porque la potencia creadora del Reino permite al creyente realizar obra que destruye el mal y redime a su víctima, al enemigo. La función del Cristiano no es odiar, sino servir de instrumento al poder redentor del Reino.

Y finalmente, Jesús no pretende haber disipado el enigma del mal; la conquista por el amor, no lo disipa por la razón. Dios sigue siendo "el que se esconde" (Isaías, XLV, 15), pero también "el que salva". Los que son de la verdad oyen el testimonio de Jesús; los que no lo son como Pilato, Herodes, Anás y Caifás, no lo oyen. "Nadie se perdió, sino el hijo de perdición; para que la Escritura se cumpliera", dice Jesús en su oración intercesoria (**San Juan**, XVII, 12). ¿Y por qué tuvo que ser Judas el hijo de perdición? Jesús no lo explica. Estos son los hijos de la mentira, los hijos de este siglo, los hijos del tiempo **cronos** y **kairos**. "Si fuéramos infieles, Jesús, el Cristo, permanece fiel, no se puede negar a sí mismo", escribe San Pablo a Timoteo (**Segunda carta**, II, 13). Tampoco el diablo se puede negar a sí mismo, él es "homicida y mentiroso desde el principio" (**S. Juan**, VIII, 14). Los filósofos llaman a este enigma lo absurdo, lo dado, el abismo; S. Pablo lo llama la predestinación; Jesús lo llama el mal, y lo remite a la voluntad de Dios: "no nos dirijas a la tentación, más libranos del mal".

Este es el contorno espiritual denso de fuerza numinosa, de hostilidad agresiva, de confusión mental, de sombra de muerte que envuelve la semana de la pasión de Jesús. El Reino de los Cielos, en tensión con la muerte de Jesús en el tiempo **kairos**, imparte sentido a cada acto, cada palabra y cada detalle de las circunstancias.

Quince o veinte años después de la muerte de Cristo, cuando todavía no se habían escrito ninguno de los evangelios, el apóstol Pablo escribía a los hermanos de la Galacia; donde había ejercido la predicación de "su evangelio":

Cuando plugo a Dios revelar a su Hijo en mí, para que lo predicase entre los gentiles, luego no conferí con carne y sangre... Estad, pues firmes, con la libertad con que Cristo nos hizo libres... y yo hermanos, si aun predico la circuncisión, ¿porqué padezco persecución todavía? pues quitado es el escándalo de la cruz. (**Gálatas**, I, 15-16 y V, 1 y 11).

Pablo, quien se considera a sí mismo como "el más pequeño de todos los apóstoles", el último de todos (**I Corintios**, 15:8-9), es el primero en elevarse al plano del tiempo telos, al misterio de la gracia, **por la cual es lo que ha venido a ser**. Es Pablo el primero en haber experimentado la transfiguración de su entendimiento en atención a comprender la trascendencia de la muerte de Cristo (**Romanos**, XII, 2). Es esa experiencia a lo que llama "revelar a su Hijo en mí", y por ello no tuvo que depender de "la carne y la sangre", es decir, del saber propio de los seres que existen en el tiempo natural (**cronos**) o en el histórico (**kairos**) (Cf. **Evangelio de S. Juan**, I, 13). Ese nuevo saber, renovador de todas las cosas (**Corintios**, V, 16-17), es "la libertad con que Cristo nos hizo libres", pero para los hebreos es "tropezadero o escándalo" y para los griegos es "tontería o locura", porque "el hombre animal", ya sea **sarkikos**, es decir natural, en el tiempo **cronos**, o **psíquicos**, es decir histórico, en el tiempo **kairos**, "no percibe las cosas que son del espíritu" (**I Corintios**, I, 23 et al, y II, 14).

La entrada simbólica.—

Visto así, los acontecimientos de la pasión cobran un sentido nuevo que no se desprende de la mera narración. La cruz se destaca en el centro de este contorno enigmático como un sol en medio de la tiniebla (**Evangelio de S. Juan**, I, 5).

La lectura comparada de las cuatro narraciones nos ofrece un cuadro de semejanzas, diferencias y materiales exclusivos de cada uno de los evangelistas, cuadro revelador de las múltiples fuentes a que alude S. Lucas.

Lo propio ocurre con las versiones de la última entrada en Jerusalem. La de S. Marcos es la más sencilla, aunque no necesariamente la más auténtica en todo. La de S. Juan es la más diferente y la más interpretada por su autor.

De acuerdo con S. Marcos, Jesús parte de Jericó. A la salida de esta aldea, devuelve la vista a Bartimeo, ciego de nacimiento. Desde aquí prosigue hacia Jerusalem, sin detenerse ni en Bethfagé ni en Bethania. Envía dos de sus discípulos a una aldea que está delante, no dice cuál. Allí encuentran el pollino, sin domar aún, cuyo dueño parece saber quién es **El Señor**. Solamente Marcos indica que el pollino estaba atado "entre dos caminos". Las gentes que acompañaban a Jesús le vitoreaban con las palabras de uno de los salmos, que usualmente cantaban los peregrinos al acercarse a la ciudad de David.

¡Hosana; Bendito el que viene
en el nombre del Señor! Bendito
el reino de nuestro padre David
que viene. ¡Hosana en las
alturas!

En la ciudad Jesús mira alrededor todas las cosas, "y siendo ya tarde salióse a Bethania con los doce". Lo de la higuera estéril y la limpieza del templo ocurre, según S. Marcos, al día siguiente.

Es de notar las palabras que S. Marcos reproduce: "¡Bendito el reino de nuestro padre David que viene!" Es el reino conquistado por el padre David, la promesa hecha al padre Abraham. Es el ideal de los celotes, de los discípulos de Emmaús y de aquellos que le preguntaron antes de la ascensión, "¿Restituirás en este tiempo el reino a Israel?" Pero Jesús predicó El Reino de los Cielos, del cual el reino de David es solamente simbólico. Todavía los discípulos no entendían la diferencia.

S. Mateo coincide con S. Marcos en situar el milagro de curación a la salida de Jericó, pero son dos ciegos, y no da sus nombres. También nos da la historia del pollino, pero menciona el asna, y hace a Jesús cabalgar so-

bre ambos, para que se cumpla una profecía de Zacarías, que sólo S. Mateo y S. Juan evocan. Los que acompañan a Jesús lo vitorean con los cánticos del mismo salmo, citado por Marcos con mayor fidelidad al texto hebreo. "Bendito el reino de nuestro padre David, que viene", es una adaptación del Salmo 118, registrada únicamente por S. Marcos. Con Jesús viene también el Reino de David, la restauración de la soberanía histórica de Israel y la liberación del yugo romano. Sin embargo, sólo el cuarto **Evangelio**, a propósito del prestigio alcanzado por Jesús con la resurrección de Lázaro, registra este comentario del Sanhedrín: "¡Si lo dejamos así, todos creerán en El; y vendrán los romanos, y quitarán nuestro lugar y la nación" (Cap. XI, 48).

Según S. Mateo, toda la ciudad se alborota al entrar Jesús y pregunta "¿Quién es éste?" A lo cual sus seguidores contestan: "¡Jesús, el profeta de Nazaret!" Todavía Jesús es solamente "un profeta", como para los discípulos del camino hacia Emmaús, un continuador de la historia hebrea, un Hijo de David. Todavía ni los mismos discípulos habían arrostrado la pregunta de Jesús "¿Cómo, pues, David le llama Señor?" (**Marcos, XII, 35-37**).

Mientras Marcos ubica las escenas del templo y de la higuera entre la mañana y la tarde del siguiente día, S. Mateo incluye la escena del templo el mismo día de la entrada, y la de la higuera a la mañana siguiente.

Aparentemente las narraciones son iguales; pero la condensación de los evangelios imparte a cada detalle importancia particular. La narración de S. Mateo es más espectacular, la de S. Marcos más significativa. El fundamento de Jesús para condenar el mercantilismo del templo es el profeta Isaías: "Mi casa, casa de oración será llamada". Pero S. Marcos hace la cita más completa: "será llamada por todos los pueblos", es decir, por los pueblos de la dispersión hebrea, pues quien hace la promesa es Jehová, "el que junta los echados de Israel". El gesto de Jesús tiene un profundo sentido histórico y

profético: "Vuestro mercantilismo", dice a los fariseos y príncipes de Israel, "ha frustrado el cumplimiento del **te-los** histórico, cuya fuerza reside en la lealtad de la fe, que hará de todas las gentes una casa de oración". A pesar de su escrituralismo, la visión histórica de Mateo resulta más superficial. "Y no consentía", dice S. Marcos "que alguien llevase vaso por el templo... Y los escribas, y los príncipes de los sacerdotes procuraban cómo le matarían; porque le tenían miedo, por cuanto todo el pueblo estaba maravillado de su doctrina". En lugar de esta concentración, Mateo nos dice que Jesús hizo algunas curaciones en el templo y los príncipes de los sacerdotes y los escribas se indignaron viendo estas maravillas y oyendo a los muchachos llamarle "Hijo de David, Salvador". Jesús contesta con una cita del Salmo octavo, referente a la importancia de los niños: "de ellos perfeccionaste mi alabanza".

El perícope de la higuera es para S. Mateo un milagro o maravilla (**zauma**) adicional. Por tanto los discípulos se maravillan (ezaúmasan). Para S. Marcos es nada menos que su maravillosa enseñanza (de **ekpléso**, estar maravillado) y los discípulos se maravillan de su doctrina. Jesús habla a la higuera por la mañana. "No era tiempo (kairos) de higos", y por tanto Jesús no halló fruto en ella. Al día siguiente, al regresar de Bethania a Jerusalem, los discípulos observan que la higuera se había secado. Y aquí la maravillosa enseñanza: "Tened fe en Dios... Todo lo que orando pidiereis, creed que lo recibiréis y os vendrá. Y cuando estuviereis orando, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que vuestro Padre que está en los cielos os perdone también a vosotros vuestras ofensas". Esta es la enseñanza que S. Mateo incluye en el "Sermón del Monte", a propósito del Padre Nuestro, el cual **S. Lucas** reproduce en su famoso capítulo contra los fariseos (**S. Lucas**, XI, 1-4). El colocar esta enseñanza en la misma secuencia con el pasaje de la "casa de oración" y la universalidad de la fe, no puede obedecer al descuido o la casualidad, sino a una profunda intuición de la presencia de un tercer nivel de vida, dentro del cual los ciclos del tiempo natural deben co-

rrponder al tiempo *kairos*, y *éstos* al ritmo de la vida eterna. La visión es aún confusa; pero no superficial.

S. Lucas no incluye el pasaje de la higuera en su relato de la pasión. La escuela mitologizante de las formas históricas, alemana, por supuesto, conjetura que la parábola, recogida por Lucas (Cap. XIII, 6-9), es el hecho original, mitologizado por los otros dos evangelistas. Esta interpretación podría ser cierta, pero aún más superficial de la de S. Mateo.

El tercer evangelista también parte de Jericó; pero antes de su llegada a esta ciudad, no ocurre la discusión de los hijos de Zebedeo, como en los otros, sino la curación del ciego, que en los otros ocurre a la salida. La historia de Zaqueo, exclusiva de S. Lucas, sugiere lo numeroso de la multitud que acompañaba a Jesús, y provee una base para aumentar la tensión con los fariseos: "él tu boca te juzgo..." subraya la intención del pasaje de a buscar y a salvar lo que se había perdido". La parábola de las diez minas, apoyada en la frase, "Mal siervo, de tu boca te juzgo..." Subraya la intención del pasaje de Zaqueo. Así como el segundo tratado, **Los Hechos de los Apóstoles**, es un alegato en defensa del apóstol Pablo, el primero lo es en defensa de Jesús.

La modificación del Salmo 118, no es extraña, pues el evangelista no es un hebreo; pero sí es importante la endecha sobre Jerusalem, que "no conoce el tiempo de su visitación". Esta endecha sí explica la combinación de Isaías y Jeremías en una sola frase: "casa de oración", "cueva de ladrones", ambas índices de la destrucción de la Jerusalem histórica y la restauración de la Jerusalem celestial, al final de los tiempos. "Los escribas y los principales del pueblo procuraban matarle. Y no hallaban qué hacerle, porque todo el pueblo estaba suspenso oyéndole". Con esta oposición de fuerzas termina S. Lucas la descripción del escenario en que va a ocurrir la tragedia de la pasión.

Aunque la versión del cuarto Evangelio parece tan distinta de los sinópticos, lo que hace realmente es realzar los contrastes de esta tensa atmósfera que los sinóp-

ticos reconstruyen. En vez del incidente de los hijos de Zebedeo, el tránsito por Jericó o el milagro de la curación de Bartimeo, S. Juan narra la resurrección de Lázaro, la consiguiente amenaza de los fariseos y el retiro a Efraím, en el desierto. El efecto es el mismo. Las multitudes suben hacia Jerusalem, y se comenta acerca de Jesús, al igual que en el capítulo siete, durante la fiesta de las cabañas. Seis días antes de la pascua, Jesús regresa a Bethania, a la casa de Simón, el leproso, quien parece ser el padre de Marta, María y Lázaro. Allí ocurre la escena del ungimiento, que Marcos y Mateo ubican dos días antes de la pascua (Capítulo XIV, 3 de **S. Marcos**). Según S. Juan, es María quien unge, con unguento de nardo, los pies del Maestro; según Marcos y Mateo es "una mujer" quien derrama el unguento sobre la cabeza de Jesús. S. Juan señala específicamente a Judas como quien protesta del desperdicio; S. Marcos dice, "algunos", Mateo dice, "sus discípulos". La referencia a los pobres y a la sepultura de Jesús es igual en los tres.

Al día siguiente del ungimiento, según S. Juan, "muchacha gente que había venido a la fiesta, como oyeron que Jesús venía a Jerusalem, tomaron ramos de palma y salieron a recibirle". En los sinópticos es la compañía de Jesús quien le aclama. A las palabras del salmo citadas por los sinópticos, S. Juan añade: "El Rey de Israel", además une a las saluciones del salmo, las palabras proféticas de Zacarías, citadas por Mateo.

¿Qué ocurre después de la entrada? Según S. Marcos, nada; según S. Mateo, el incidente del templo y algunos milagros; según S. Lucas, el incidente del templo y algunas enseñanzas; S. Juan ha desplazado el incidente del templo hacia el comienzo de la predicación, después de las bodas en Caná. No es probable que este incidente ocurriera al principio y también al final del ministerio de Jesús. Las interpretaciones de S. Juan convienen más al desenlace fatal de la predicación. Como en los sinópticos, los judíos piden a Jesús credenciales de su autoridad. En vez de recurrir al argumento **ad hominem** con referencia al bautismo de S. Juan, el precursor, Jesús alude a la muerte y resurrección de su cuerpo, simboli-

zado en el templo, ya que, según S. Pablo, el cuerpo es templo del Espíritu de Dios y la iglesia cuerpo del Espíritu de Cristo (**I Corintios**, VI, 13; III, 16 y XII, 27). Pero los fariseos no entienden estas señales, y recuerdan estas palabras para acusarlo más tarde por haber blasfemado contra el templo profetizando su destrucción (**Marcos**, XIV, 58 y XV, 29). Los discípulos tampoco entendieron; pero lo recordaron para comprender el sentido de la resurrección. Es en este evangelio donde se menciona "el azote de cuerdas". No dice que Jesús lo usara; pero por ser un símbolo de violencia en la manos de un Príncipe de Paz, es el detalle más popular en el recuerdo aún de los que no leen las Escrituras.

Lo más importante que ocurre, después de su última entrada en Jerusalem, según S. Juan, es la entrevista con los griegos, judíos de la Dispersión, sin duda, pues habían venido para adorar en el templo. El tema de la conversación es la muerte sacramental de Jesús, el grano de trigo que cae en tierra y muere, con la cual se manifestaría la gloria de Dios y el Príncipe de este mundo sería juzgado y echado fuera. En este punto, la naturaleza responde con un portento, que S. Juan interpreta como la voz de Dios.

Pero "la gente" —la mayoría, la multitud— no entiende, ni cree. "¿Quién es este Hijo del Hombre?", inquieran intrigados, pues el Cristo no debe morir. A lo cual contesta Jesús, "La luz que resplandece en la tiniebla". El evangelista evoca una vez más al profeta Isaías para explicar esta incredulidad, aunque "aún de los príncipes muchos creyeron en él; mas por causa de los fariseos no lo confesaban... Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios".

La verdadera tensión se establece entre la fe, por la cual se presiente el plano de la vida eterna, y la incredulidad, expresión ambivalente de la vida humana, tal como lo expresa el padre del muchacho lunático en S. Marcos: "Creo, ayuda mi incredulidad". Jesús no viene a juzgar y a condenar esa precariedad del tiempo **kairos**, sino a rescatar al hombre, fortaleciéndolo con el resplandor del tiempo **telos**: "la palabra que he hablado, ella te

juzgará en el día postrero. . . El Padre que me envió, él me dió mandamiento de lo que he de decir; y sé que su mandamiento es vida eterna”.

Después de estas palabras, S. Juan prosigue con el relato de la pasión. Dada por supuesta la última cena, describe el gesto del lavatorio, terminando con la declaración definitiva: “Vosotros me llamáis Maestro, y, Señor: y decís bien; porque lo soy” (S. Juan, XIII, 13).

La lectura comparada de los evangelistas nos da una divergencia en algunos detalles del relato: el milagro de Bartimeo ocurre a la salida de Jericó, en S. Marcos y S. Mateo, y a la entrada en Lucas; el ungimiento de Jesús ocurre dos días antes de la pascua en S. Mateo, y seis días antes, en S. Juan; en los sinópticos vitorean a Jesús los que le acompañaban, en S. Juan, los que salen a recibirle. Esta divergencia sugiere que los evangelistas disponían de fuentes distintas, que sus relatos son independientes entre sí, y que su principal interés no se apoya en la exactitud circunstancial de los hechos, sino en su sentido.

El concierto general de los evangelistas, aun del cuarto **Evangelio**; tan diferente, concentra hacia una dirección común, que es a la postre, lo que permanece en la imaginación del creyente, el modelo sincrético del evangelio único. Primero, la atmósfera de tensión, miedo, urgencia y misterio, consecuencia de la incongruencia y conflicto del tiempo humano y el tiempo permanente. Esta incongruencia está simbolizada en los conflictos entre Jesús y los príncipes, fariseos y escribas que lo rechazaban; entre Jesús y sus propios discípulos; entre el pueblo que le acepta y los principales que lo hostilizan; entre Jesús y los principales que le siguen con miedo. Segundo, la confusión, por parte de los discípulos, de la relación entre la restauración del Reino a Israel y la muerte de Cristo. Esta índole del Reino de Cristo está simbolizada en la transfiguración, en el pollino de la entrada triunfal, en la institución de la comunión, en el lava-

torio, narrado por S. Juan, y finalmente en la crucifixión. Todos estos son hechos simbólicos; pero los discípulos no entienden su significado hasta que el propio Jesús resurrecto "les abre el sentido para entender" (Cf. **Lucas, IX, 45; Lucas, XVIII, 34 y Juan XII, 16**). Tercero, la expectación general. Cuarto, el desacuerdo trágico entre la expectación de Jesús y la de sus discípulos. En esta penumbra de misterio siguen transcurriendo los acontecimientos de la pasión.

